

# EL ROSTRO DE LA MEMORIA

THE FACE OF MEMORY

Pedro Olalla Real, Arqueólogo

Evocar el pasado, sorprenderlo entre la ingente chatarra del tiempo, observarlo en una instantánea fugaz, no es solamente rescatar la memoria como elemento cohesionador frente al olvido, es también atravesar la barrera que impide rastrear las huellas perdidas tras el formidable envoltorio de piedra y obligarnos a tomar conciencia de un lugar privilegiado en donde se acumulan los fragmentos dispersos de la vida.

Su herida ilumina hoy el esplendor de una supervivencia y nos traslada a un territorio amenazado, rebosante de signos y conceptos, como si fuera un relato fronterizo escindido en múltiples direcciones. Aprenderemos así a valorar un espacio arqueológico de extraordinaria belleza y fragilidad. Un paisaje formal que suministra su símbolo más poderoso en el perfil fragmentado de la Peña.

No es posible transitar la vega sin cruzarse con su imagen. El rostro de la memoria gravita sobre un universo unitario, atrapado en las redes de un destino fantástico. Su forma dibuja el relámpago de un aliento, un último soplo de vida que lanza un dardo cómplice a la boca ensimismada de Menga.

Hay un vértigo de estímulos visuales que nacen en el laberinto pétreo de El Torcal para fecundar el vientre materno de la Peña, el último lugar del asombro, el espacio sagrado de la revelación. Un viaje iniciático sin retorno rumbo a una estrella de piedra en el umbral del pozo.

La Peña es la génesis. Su propia atemporalidad genera una dispersión meándrica, una correspondencia armónica, una

unidad esencial. En torno a ella se articulaba un complejo sistema de preguntas y respuestas, como si se tratara de un discurso existencial o una meditación definitiva sobre la vida y la muerte. La Peña, como un gigantesco signo de interrogación, un icono alternativo para crear –como si de una cosmología se tratara– un diálogo permanente entre el universo y el ser humano.

Su rotunda presencia evoca una trascendencia de atmósferas y escenarios cuando en la incertidumbre de los primeros tiempos se convirtió en hito referencial de un *presente* que ahora recuperamos. Un territorio sin nombre cuyas huellas contextualizan nuestra propia pervivencia. Somos, en definitiva, receptores de un legado cuya preservación dependerá de que los mensajes desarrollistas no lastren su futuro.

Este proyecto que presentamos contiene materiales que narran historias de un mundo propio. Fragmentos de un tiempo antiguo en que la memoria era la misma naturaleza. Huellas llegadas desde el viejo registro de la tierra para configurar –en la penumbra de tres galerías– un espacio mental más que una simple realidad geográfica. Un centro del mundo donde lo sagrado se manifiesta de un modo total.

Leer ese pasado produce una escritura rastreable más allá de las fuentes y de las referencias etimológicas. La conciencia despertada es la reflexión vertebral. Una especie de lenguaje sin tiempos atraviesa la piel que sirve de soporte a la escritura y envuelve –como en un fogonazo celular– el esqueleto donde duerme la identidad más profunda.

001. Orto solar desde el Dolmen de Menga /  
Imagen: Javier Pérez González. Fuente: Conjunto  
Arqueológico Dólmenes de Antequera



Aquella promesa cargada de futuro ya es casi una realidad. En su interior nos asaltarán todas las preguntas y encontraremos algunas respuestas. Los lenguajes transparentes del pasado proyectan su luz sobre las sombras del presente e imprimen nuestras retinas de una experiencia estética cegadora. Para cuando nos identifiquemos con el mito, habremos alcanzado el punto de partida y extraído ciertas posibilidades de verdad. Un aluvión de datos demostrará la eficacia de las imágenes. Un exhaustivo trabajo de investigación descubrirá un esfuerzo de sistematización sin precedentes.

El planteamiento es muy sugestivo. La propuesta formal huye tanto del dogmatismo teórico como del fácil efectismo. Hay una deliberada fragilidad orgánica –de consecuencias profundas– para

no traspasar nunca los límites de la representación. Pureza y austeridad dialogando con las más innovadoras corrientes museológicas. El rigor compositivo de los itinerarios estructura un *paisaje interior* de concentrada intensidad, una *galería* más para caminar por los sedimentos de la vida. Toda una minuciosa ingeniería al servicio del orden virtual de los elementos. Acciones prefiguradas y determinantes sometidas a una ley rigurosa en medio de un espacio teatral para transmitir imágenes e ideas.

La totalidad del sueño humano encerrado en un nido de luz. Una antropología moral más que un reencuentro con las propias raíces. Un laboratorio del conocimiento más que un recorrido histórico a la búsqueda de nuestra propia identidad. Visitando el pasado, tal vez habitemos el futuro.